



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

Leprosaría de Molokai visita de las muchachas de Kapiolani a sus padres leprosos

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

LEPROSERÍA DE MOLOKAI

VISITA DE LAS MUCHACHAS DEL "KAPIOLANI GIRLS' DE HONOLULU A SUS PADRES LEPROSOS EN MOLOKAI	
Carta de estas muchachas a un misionero	3
INTRODUCCIÓN	3
La Carta de estas muchachas a un misionero	8

LEPROSERÍA DE MOLOKAI

VISITA DE LAS MUCHACHAS DEL "KAPIOLANI GIRLS' DE HONOLULU A SUS PADRES LEPROSOS EN MOLOKAI

Carta de estas muchachas a un misionero

INTRODUCCIÓN

Para comprender lo que aquí escribe una de estas 'muchachas' a un Padre misionero, hay que recurrir necesariamente a unos breves presupuestos históricos (1) aunque queden alejados en el tiempo y tengan menos importancia en nuestro tema. Sin embargo, conocer aunque sea bajo mínimos, esta parte de la Historia de Hawaii es algo interesante, diría que imprescindible, cuando nos enfrentamos con cualquier situación sobre este país.

Hemos de remontarnos al comienzo del "Reino de Hawaii". Las diferentes islas habitadas, se regían por la autoridad del jefe de cada una de ellas. La isla de Hawaii, "la isla grande", situada en el extremo Este del resto de las islas, era más extensa que todas las restantes juntas y dio posteriormente su nombre a todo el archipiélago. Las regiones de la de Hawaii, extensiones habitables abiertas al mar, eran Kona en el oeste, Puna al sureste, Hilo, hacia el noreste y Kohala-Amakua en el norte. El resto lo ocupaban cadenas de montañas verdeantes y los volcanes de Hawaii, el Mauna Lea y el Mauna Loa abiertos por infinidad de cráteres que llenan la isla de lava, destacando el Kilauea en la costa Este, el mayor de mundo, con 5000 metros visibles y otros tantos bajo las aguas del océano. Por su incomunicación, excepto por el mar, había más de un jefe de estas regiones, con apetencia sobre las de los otros.

El jefe de Kona, Kamehameha, gran estratega e ilustre guerrero, se propuso reunir bajo su mando al resto de su isla y la totalidad de las restantes. Gran observador de las naves de los extranjeros, vio que el valor de una nave residía en instalar un cañón giratorio montado sobre una plataforma amarrada al casco en la proa de la canoa doble hawaiana, aparejada con velas. No podía soñar en naves de quilla, "isla flotante" en su lengua, al estilo occidental, pero recabó alianzas con jefes de barcos franceses e ingleses. Con mayor o menor resistencia, a veces sin ninguna, reunió bajo su mando todas las islas habitadas: Maui (1790 y 1795), la totalidad de su propia Hawaii con la derrota de Keouae (1791) la de Ohau (1795), hasta que logró conquistar seis de las ocho islas habitadas del archipiélago. Creó un próspero reino en un archipiélago. En 1796, y de nuevo en 1809 reunió a su flota invasora para

enviarla a las islas lejanas de Kauai y Niihau, en el extremo norte. Por dos veces fracasó en las traicioneras aguas del canal entre Ohau y Kauai. Finalmente en 1810, tras numerosas amenazas y gestiones diplomáticas, Kaumualii el popular rey de Kauai y Niihau, optó por claudicar y le prometió vasallaje. En los relatos del tiempo, se daba a Kamehameha I el nombre de 'Napoleón del Pacífico'. Nació de este modo una dinastía hereditaria, la dinastía Kamehameha.

El último de los reyes de esta dinastía, Kamehameha V, hombre afable y buen político, pero temperamental, que gobernó según su voluntad, no llegó a casarse ni nombró a ningún heredero. Cuando falleció el 11 de diciembre de 1872, a los 42 años, la ilustre dinastía Kamehameha (que había durado 77 años), llegó a su fin. Entre tantos relatos, retengamos que durante su reinado había ya llegado la peste de la lepra a tales términos, que el gobierno compró una amplia extensión de terreno en la reducida península de la costa norte de la isla de Molokai. Allí fue donde irían encerrando, encarcelados por el mar y las montañas, a todos los afectados por la terrible enfermedad, los de cualquiera de las islas en que se encontraran,. El día 6 de enero de 1866 partía el fatídico barco con el primer cargamento de enfermos. Volvería a repetir el mismo viaje cada semana durante numerosos años.

La Constitución de 1864 autorizaba a la Asamblea Legislativa del reino a elegir a un *alii* nativo, o lo que es lo mismo, un jefe hawaiano reconocido, para convertirse en el nuevo monarca. Entre los cuatro candidatos propuestos por nobles y plebeyos del reino, la elección se centró entre Lunalilo y Kalakaua. William Charles Lunalilo tenía muchos adeptos, conocido como el "Príncipe Bill". El coronel David Kalakaua era un conocido político hawaiano y editor de un periódico. Las elecciones se celebraron el 1 de enero de 1873 para conocer la voluntad del pueblo. Lunalilo venció por un amplio margen a Kalakaua . Una semana más tarde, la Asamblea Legislativa elegía oficialmente a Lunalilo y anunciaba ante un pueblo satisfecho que su nuevo rey era el "príncipe Bill". Pronto la prensa clamaba por una visita del rey a Molokai, a sus más desgraciados súbditos, pero no la realizó.

A pesar de su corto reinado, apenas un año, las intrigas fueron muy numerosas, especialmente con los Estados Unidos. Lunalilo volvió una vez más un oferta de reciprocidad en el comercio a Estados Unidos, pero esta vez guiado por sus asesores, ofreció el uso del mayor puerto del Archipiélago, el de la laguna del río Pearl como su mejor baza para obtener concesiones comerciales con Norteamérica. Había ya despertado ya el interés de Estados Unidos, como posible puerto para repostar. La utilización de la laguna para obtener concesiones comerciales fue una idea política interesante. La posición pública a esta concesión de suelo hawaiano anuló esta idea antes de que el Rey tuviera tiempo de iniciar las negociaciones con Washington. El "Prince Hill" moría a los 39 años en la noche de febrero de 1874.

Él también, ni se había casado ni había nombrado heredero legítimo. De nuevo se reunió la Asamblea Legislativa. Se presentaron dos aspirantes esta vez, la reina Emma viuda del rey Kamehameha IV y de nuevo Kalakaua. Éste

fue el elegido con un amplio margen, ante la clamorosa excitación de los partidarios de la reina Emma. Mal presagio para quien se le daría el apodo de "El Monarca Alegre de Hawaii".

Sin duda lo fue y el boato de las cortes occidentales penetra en la de Hawai. Con dinero de los contribuyentes se construyó el real palacio Iolani, cuyo coste ascendió a 350.000 dólares. Ofrecía galas hípicas, grandes bailes y fiestas al estilo hawaiano, entreteniendo a los visitantes con lascivos espectáculos de *hula*, con total desencanto de los puritanos terratenientes azucareros, mercaderes y otros americanistas del reino que hacían oír sus protestas por una anexión a Estados Unidos. Para el pueblo era su amado rey, de encanto personal y refinada sensibilidad. En su famoso viaje alrededor del mundo supo granjearse la simpatía de la reina Victoria, las cortes brillaron con su singular personalidad y su amigo, el literato L. Stevenson lo definió como "hombre excelente e inteligente". Organizó la primera ceremonia de coronación, solemnísimas y expresión pública elaboradísima de la cultura hawaiana que se celebró en Hawaii (de él mismo y de su esposa la reina Kapiolani) en el palacio real Iolani ante una audiencia de 8000 personas. Sus reales danzantes *hula* magnificaron públicamente la amplitud de su inherente *mana*: sus poderes procreativos de su potencia sexual. El periódico *Hawaiian Gazette* terminaba en su informe: "la auténtica apoteosis de la obscenidad". Los protestantes solo vieron una enfermedad que daba náuseas, etapa final de la lascivia hawaiana: así lo creían ellos. Les pareció que se les había forzado a enfrentarse *cara a cara* con un *rostro leproso*.

Durante su muy largo viaje alrededor de mundo, quedó como regente del reino la hermana de Kalakaua, la princesa Liliuokalani. Muy pronto preparó un viaje personal a la leprosería. Ante aquel espectáculo de sus gentes apretadas ante ella, sintió subírsele la congoja a su garganta y a sus ojos, de manera que tuvo que entregar a uno de sus acompañantes la lectura del texto que les había escrito. Vuelta a su palacio de Honolulu, ofreció al P. Damián la condecoración de Comendador de la Real Orden del Rey Kalakaua, acompañada de una hermosa carta en que descubre su alma hawaiana oprimida por lo que ha contemplado en Molokai. Rogó al obispo de la Misión, Monseñor Kockemann, que la llevara a Molokai para imponérsela al P. Damián. La acompañaba una carta de la Regente, de texto único e inolvidable que merece presencia:

Reverendo señor:

Deseo expresarle toda mi admiración por los servicios heroicos y desinteresados que realizáis a los hombres más desgraciados de este reino y añadir, de algún modo, un público homenaje a la entrega, a la paciencia y a la caridad sin límites, con las que os ocupáis continuamente en el alivio corporal y espiritual de todos estos infortunados, fatalmente privados de los cuidados afectuosos de sus padres y amigos.

Sé muy bien que sus trabajos y sus sacrificios no tienen otro motivo que el deseo de hacer el bien a todos estos desventurados, y que no esperáis otra recompensa que la de Dios, nuestro Soberano Señor, que os dirige y os inspira. Sin embargo, para contentar mi deseo, os pido mi Reverendo Padre, que aceptéis la condecoración de Caballero-Comendador de la Orden Real de Kalakaua, como testimonio de mi sincera admiración por los esfuerzos que hacéis con el fin de aligerar la miseria y endulzar de todas maneras los sufrimientos que yo misma he constatado, hace unos pocos días, en la visita que acabo de hacer a la leprosería.

Vuestra amiga, LILIUOKALANI, Regente.

Nada se puede añadir que sea digno de estas palabras. Liliuokalani, reina después a la muerte de su hermano Kalakaua, ya muestra aquí sus entrañas maternas para sus pobres súbditos de Molokai, a quienes no pudo dirigir su discurso porque le estallaron las lágrimas en sus ojos. Hay que agradecerle su visión de la enfermedad para un hawaiano: un dolor en el alma y el corazón, más que del mismo cuerpo, Es lo que Damián fue aprendiendo, hasta que llegó el día en que decidió ser uno más de ellos: "nosotros leprosos".

El Rey Kalakaua, tan pronto como se acostumbró a que se dirigieran a él como "Su Majestad", viajó a Washington, D.C. en octubre de 1874 para remover y negociar el tan deseado tratado comercial, Kalakaua y su séquito, en visita oficial, fueron objeto de una cálida y apoteósica acogida por parte del Presidente Ulyses Grant y de una delegación conjunta del Congreso norteamericano: era el primer monarca reinante que visitaba Estados Unidos. En marzo de 1875, el Senado norteamericano aprobó el tratado, que otorgaba a Hawaii concesiones aduaneras como "nación favorecida", eliminaba el antiguo arancel, haciendo que el azúcar hawaiano resultara más barato y se incrementaron las ventas. El tratado entró en vigor en 1876. Hawaii tuvo a cambio que hacer una concesión que alteró su soberanía. Estados Unidos protegían sus intereses en Pearl Harbor e impedían que Kalakaua utilizara aquel enclave marítimo estratégico para acceder a concesiones políticas o económicas de otras partes interesadas, especialmente Gran Bretaña y Francia.

No obstante, el tratado vino a asegurar el futuro económico inmediato de Hawaii. Los productores de azúcar podían planificar la producción de antemano con tranquilidad, si bien este acuerdo significó también que los cada vez más poderosos terratenientes y sus afiliados podían ver aumentado su poder económico sobre el monarca hawaiano y sobre su reino en general.

Vuelto a Hawaii, se realizó la ceremonia fastuosa de la Coronación a lo largo de dos semanas. Fue un muestrario del "Hawaii para los hawaianos" a la vez que la sacralización de la cultura hawiana. Los poderosos terratenientes blancos redujeron primero la autoridad de rey. Vio enseguida reducida su real autoridad personal por un grupo político de blancos, la Liga Hawaiana, el 30

de junio de 1887. Forzó a Kalakaua a prescindir de su primer ministro Gibson y a aceptar la "Constitución de las Bayonetas", que lo convirtió de hecho en un rey títere. En 1887, el nuevo Partido Reformista renegoció el Tratado de Reciprocidad y Estados Unidos obtuvo los derechos en exclusiva de utilizar el puerto de Pearl Harbor. Si anteriormente Hawai no había estado en la esfera de la influencia de Estados Unidos, no cabe duda de que ahora sí lo estaba.

La Reina Kapiolani, en relación muy estrecha con la princesa Liliuokalani, hermana del Rey, de quien provendría quizás el deseo de alguna intervención con los leprosos, como aquella había hecho, el caso es que intervino en Honolulu para que se construyera el que llamaron "Hogar Kapiolani". Sería una especie de albergue para las niñas nacidas de los padres leprosos, en este caso de Molokai, nacidas sin contagio alguno. Serían salvadas de él, pues de otro modo les alcanzaría más o menos pronto. Con ese fin, cuando ya lo tuvo realizado, hizo un viaje a Molokai acompañada de Liliuokalani. La misma aglomeración de todos los presentes. Cuando les expuso su plan de salvación de las niñas, entre las gentes hubo una doble respuesta opuesta. La de los que estaban de acuerdo, pero también la de los que se oponían a ello. Entre estos estaban los padres que pensaban más en sí mismos que en sus hijos, junto a un grupo hostil que pensaban en las que un día más adelante no podrían explotar a su antojo. Entre los primeros se encontraba un tal Hutchison, que ya se encontraba en el lazareto a la llegada de Damián, que le prestó buenas ayudas con las que Damián se iba acomodando a tal estado de vida. Fueron siempre muy buenos amigos. De un modo patético levantaba a su niña sobre sus hombros y le pedía a gritos a la Reina que pusiera por obra sus deseos para que sus hijos no tuvieran que pasar los horrores que a ellos les habían alcanzado.

El enfrentamiento llegó a tales términos que salieron a relucir algunas navajas que produjeron un muerto. La policía encarceló a ese padre y a su hijo mayor llevándoles al día siguiente a la cercana isla de Maui para ser juzgados. Se juntaron abundantes testigos, entre ellos fue también el P. Damián. La condena del padre la redujeron a 10 años, porque había confesado los nombres que formaban la cuadrilla facinerosa. A su hijo se los redujeron a dos. Así es como finalizó la visita de la Reina. Una vez en Honolulu, le confeccionaron una lista y enviaba paquetes para los más necesitados, con su nombre en el envoltorio.

Durante el resto de su reinado, Kalakaua continuó siendo una figura decorativa en todos los asuntos importantes, su vida parecía haber perdido todo sentido y, a partir de 1890, su salud comenzó a deteriorarse. El 20 de enero de 1891, cuando se encontraba en California por motivos de salud, el último rey que gobernó Hawaii moría en una suite del Hotel Palace de San Francisco. El preparado *aloha* para recibirle, se transformó por crepones negros y gritos de *auwe*, el lamento de duelo.

Antes de abandonar Hawai, en noviembre de 1890 había nombrado a su hermana la princesa Lydia Liliuokalani heredera del trono y regente durante su ausencia. Tras la llegada de los restos de su hermano, Liliuokalani se convirtió

en la primera reina que gobernó en Hawaii desde el palacio Iolani, que había construido su hermano en su octavo año de reinado, Las obras duraron tres años, con un coste de unos 360.000 dólares. Residencia y sede de la corte, desde 1882 hasta el 17 de octubre de enero de 1893, fecha en que un grupo de norteamericanos financieros, respaldados por 160 marines norteamericanos fuertemente amados derrocaron la monarquía. Iolani significa "halcón del cielo". "Treinta hombres de negocios, y no los 30.000 supervivientes hawaianos, determinaron el destino de Hawaii aquel día".

Ante un pueblo apesadumbrado y resentido, se estableció un Gobierno provisional formado en su gran mayoría por terratenientes estadounidenses, las banderas norteamericanas ondearon sobre los edificios públicos de Hawaii y el palacio Iolani. El 4 de julio de 1894, el gobierno provisional de Hawaii, declaró que el Reino de Hawaii pasaría a convertirse en República de Hawaii. Liliuokalani y sus partidarios estaban furiosos y en enero de 1895 se organizó un contraataque que fue abortado en 10 días y a la reina le impusieron arresto domiciliario, aunque negó toda culpabilidad. El final desde el punto de vista político legó en noviembre de 1897, cuando ganó las elecciones el candidato republicano William McKinley. El Congreso y el nuevo presidente llegaron a un acuerdo sobre el tema de la anexión. El nuevo presidente firmó una resolución conjunta de anexión por la que autorizaba por parte de Estados Unidos las islas de la República de Hawaii. Fueron muchos los hawaianos que lloraron amargamente al conocer esta noticia, pero era demasiado tarde para rescatar el pasado.

El anterior presidente Cleveland escribiría más tarde el siguiente comentario sobre la anexión de Hawaii: "Hawaii es nuestra. Cuando miro hacia atrás a los primeros pasos de esta triste empresa, y considero los medios que se han utilizado para llevar a cabo esta infamia, me avergüenzo de todo este asunto".

[Los datos están tomados del libro "Hawaii". Colección de 'Los libros del viajero', publicados por 'El País-Aguilar', 1992. Madrid]

La Carta de estas muchachas a un misionero

Ya nos encontramos aquí de vuelta de Molokai, donde acabamos de hacer la visita a nuestros queridos padres y amigos leproso. Hemos permanecido allí 8 días en compañía de Monseñor y del P. Joyce.

Como ya sabéis, nacimos de padres leproso en Molokai. El mismo día de nuestro nacimiento se nos arrancó de las manos de nuestra madre para traernos a un *home* especialmente fundado para los hijos de padres leproso. Los recién nacidos están aquí muy bien cuidados. Al cabo de un año, se les lleva a Honolulu, donde existe una institución para los muchachos y otro para las muchachas. Este segundo está confiado a las Hermanas Franciscanas de

Syracusa². Allí es donde nos alojaron. Nadie de nosotras puede volver a Molakai, a no ser con una autorización formal del Comité de Sanidad, o que acontezca muy raramente. Nuestros queridos padres, naturalmente, desean con toda el alma volvernlos a ver. Las caritativas religiosas que nos educan lo saben bien, razón por la que han conseguido obtener, para cuarenta de nosotras, el permiso tan deseado.

Salimos conducidas por nuestras buenas religiosas, el martes al atardecer, a bordo de un vapor que hace el servicio con la Leprosería. Durante la ruta hicimos escala en Lahaina, puerto importante de la isla de Maui. Llegamos allí el martes por la mañana y fuimos saludadas por el R. P Bruno que sirve este distrito y algunas señoras caritativas. Asistimos a la Santa Misa y a continuación nos dieron de comer espléndidamente. A las 4 h., continuamos nuestro viaje, después de haber recibido la bendición de rodillas del bueno del P. Bruno.

El jueves por la mañana nuestro vapor llegó al puerto de desembarco de la leprosería, en el pueblo de Kalaupapa. Nuestros pobres padres, impacientes por volvernlos a ver, estaban en pie por la orilla, gritando, gesticulando. Cuando estuvimos muy próximas, empezaron a llorar y a dar gritos de alegría. Cuando descendimos a tierra nos condujeron a la casa de los extranjeros: la sala donde se nos condujo está separada del resto de la construcción por una separación de cristal que permite ver a los leprosos que permanecen al otro lado, hablarles, pero sin poder tocarlos ni darles nada. En general los visitantes no hacen algo más. Después de haber conversado más o menos tiempo con los secuestrados, no les queda ya otra cosa que volver a tomar el barco. El vapor no espera mucho; parte cuando la carga y la descarga han terminado, lo que le ocupa alrededor de una hora de estancia cerca de la orilla. Para nosotras, gracias a Monseñor y a las queridas Hermanas que nos acompañaban, recibimos el favor de permanecer hasta el jueves siguiente y nos dieron permiso para visitar os diferentes lugares de esta interesante colonia de leprosos. Monseñor y el P. Joyce se albergaron en la misión, las Hermanas en el *Bishop home*² - establecimiento de las muchachas y mujeres leprosas – y nosotras con dos religiosas en la casa de los extranjeros. Nuestros padres y amigos venían a menudo ante la doble puerta encristalada que nos separaba de ellos: nos contemplaban, les hablábamos, pero eso era todo. Al atardecer, los leprosos nos daban un gran concierto con instrumentos de cuerda. A las 9 h. sonaba la campana y cada uno volvía a su casa para dormir.

Al día siguiente nos levantamos a las 6 h. Después de desayunar fuimos al hall para ensayar una pieza que queríamos representar al anochecer. A esa hora, la sala estaba llena. ¡Oh! Qué felices y admirados estaban nuestros padres, y

² Localidad al lado de New York, en que se encontraba el convento de estas religiosas Franciscanas, que llegaron a Honolulu en 1883. Algunas se trasladaron a la isla de Maui y llegaron a Molokai en nov. 1888.

² Carlos Reed Bishop, un banquero y hombre de negocios 'blanco', se había casado con un mujer de la nobleza hawaiana, Berenice Pauahi, última superviviente de la dinastía Kamehameha y desde su muerte en 1864, había administrado sus vastas posesiones. Lo regían desde nov. de 1888 las Has. Franciscanas

cómo aplaudían! Además de esa pieza, les representamos una pequeña danza con tamboril: estábamos vestidas de bohemias. Como entreactos los leprosos ejecutaban bellas piezas de música. Cuando todo hubo acabado, nuestros padres hubieran querido subir al escenario, para vernos de más cerca, para abrazarnos; pero les estaba prohibido: fue éste un gran sacrificio para ellos y para nosotras. Fuimos a acostarnos en el *home* de los extranjeros.

Al punto de la mañana, nuestros padres y amigos ya estaban de nuevo detrás del muro acristalado: se encontraban felices e volvieron a ver y darnos sus impresiones sobre lo de la vigilia. A las 11 h. fue necesario que nos separáramos. Dos grandes coches nos transportaron al otro pueblecito de la Leprosería de Kalawao. Admiramos allí unas magníficas instalaciones³ y nos ofrecieron deliciosas naranjas y guayabas hasta saciarnos. Por la tarde peregrinamos a la tumba de del Padre Damián, donde nos encontramos con Monseñor, el P. Joyce y el Hermano José Dutton. Después de una corta oración en la iglesia, se nos permitió bañarnos en un lugar prohibido para los leprosos.

El domingo por la mañana asistimos a la Misa en la iglesia que se halla muy cerca del *home* de los extranjeros. A mediodía, hubo Confirmación: Monseñor administró este sacramento a un cierto número de leprosos. Después fuimos admitidas a visitar el *Bishop Home* en que se encuentran las muchachas leprosas. Allí nos prepararon un gran *luau*, comida canaca, compuesta principalmente de cerdo y de pescado cocidos sobre piedras calentadas en un hueco en la tierra, o dicho de otro modo, en el horno canaca. Al anochecer dimos de nuevo una representación, como también al día siguiente. Nuestros padres nos ofrecieron en esta ocasión algunos pequeños recuerdos: lazos, collares de perlas, perfumes, etc....

El miércoles por la tarde, ellos mismos quisieron divertirnos. Tocarón el violoncelo, la guitarra, etc., y nos pusieron cine.

¡Ah! El jueves fue un día bien triste para todo el mundo. Debíamos despedirnos, quizás para no volvernos a ver. Nos dirigimos al vapor: todos nuestros padres y amigos estaban sobre el muelle. Cuando nos acomodamos sobre las grandes barcas que nos llevarían al navío⁴, ellos multiplicaron sus señales de afecto y sus adioses: ¡aloha oé! Varios tomaron fotografías.

Al marchar llevábamos con nosotras tres bebés para los establecimientos especiales - de muchachos y muchachas - de Honolulu. La travesía fue extraordinaria, pero no teníamos el paladar como para saborearla: todo nuestro pensamiento estaba totalmente volcado sobre nuestros queridos

³ Querían haber sido como un sofisticado centro de investigación sobre la lepra, establecido cerca de la playa de Kalawao. Tuvieron un cierto tiempo a unos enfermos en estudio, hasta que estos se cansaron, y todo quedó en nada. El tiempo lo fue destruyendo y desperdició millones de dólares.

⁴ El barco se quedaba alejado de la costa, pues desde la playa hasta una buena distancia, bajo las olas del océano se escondían numerosos y afilados arrecifes que impedían a los barcos acercarse hasta el puerto, algo que hubiera producido su hundimiento.

padres a quienes acabábamos de entrever y de los cuales nos alejábamos quizás para siempre. Por esto estábamos tristes, aunque sin embargo muy satisfechas de este viaje que nos habían concedido como un gran favor.

¡Aloha, oé!